Introducción

Diásporas chinas a las Américas amplía y profundiza mis escritos sobre el tema, realizados durante varios decenios en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en el Instituto de Asuntos del Lejano Oriente de la Universidad de Washington y en los programas doctorales de las universidades de Pennsylvania, City University of New York (CUNY) y Columbia. Además, este libro expande mis trabajos anteriores sobre cultura china, especialmente sobre el pensamiento filosófico trasladado por los inmigrantes chinos a las Américas y el Caribe. Con esta obra aspiro a difundir el conocimiento de las diásporas tanto de China a México, Estados Unidos, Canadá, el Caribe, Cuba, Perú, Panamá y Costa Rica, como de los desplazamientos migratorios chinos de una región a otra de las Américas. El libro anhela contribuir a difundir y mejorar las relaciones asimétricas entre la nación continental china y el hemisferio occidental. Como el Oriente conoce más del Occidente que viceversa, el autor aspira a disipar erróneas interpretaciones sobre la emigración china, que a menudo generan prejuiciosos comportamientos, como ocurre cuando el lente cinematográfico, particularmente el de Hollywood, enfoca interesadamente escenas exóticas espurias que propalan concepciones equivocadas de la cultura china, especialmente de su filosofía.

Contribuyeron a convencerme a redactar este volumen mis dos prolongados viajes de estudio por las diferentes regiones de la República Popular China. El primero lo realicé integrando parte de un grupo de profesores de Estados Unidos y el último lo hice como invitado de la Academia de Ciencias Sociales de China, prestigiosa institución que propugnó la traducción al chino de mis libros *Poética e ideología de José Carlos Mariátegui* (Chang-Rodríguez, 1983a) y *Latinoamérica: su civilización y su cultura* (Chang-Rodríguez, 1983b). Este último fue publicado en Beijing en 1990, diez años antes de que la Catholic University of Daegu Press lanzara la versión coreana. Los mencionados escritos y mis constantes pesquisas sobre cultura china han sido complementados con recientes investigaciones en bibliotecas americanas y europeas.

Los manuscritos, entrevistas, libros, revistas, películas, videos y demás materiales usados durante mis estudios de China me ayudaron a interpretar mis notas, acumuladas durante años de diálogo con mi padre, con sinólogos y con ancianos chinos, conocedores y practicantes de las enseñanzas de Confucio, Lao Tse y Buda. Mis interlocutores intercalaban sus frases con proverbios ingeniosos, almacenados en el gran bagaje cultural del hombre chino común, transmitido de padres a hijos. Ellos me han proporcionado información vívida, recuerdos, datos y costumbres que mantenían fuertes lazos con su tierra de origen. Los chinos mayores suelen verter sus conocimientos cuando dialogan con sus hijos o amigos jóvenes, porque la filosofía es fundamental en su manera de ser y comportarse.

En Lima, mi padre Enrique Chang On me llevaba a comer a los chifas de la calle Capón, especialmente al San Joy Lau y al Tom Pho. De vez en cuando, íbamos a la Sociedad Central de Beneficencia China, donde mi padre era muy respetado por ocupar un alto cargo en el Kuo Mintang. Este partido político regentaba en Lima el colegio San Min. Allí estudié por varios años la lengua cantonesa. Mi padre nos contaba sus reminiscencias de China; al escucharlo, apreciaba sus

anécdotas resumidas en lenguaje claro, preciso y colorido. Sus historias de allá y de aquí evidenciaban su adaptación al Perú y su conocimiento de la cultura peruana, que le facilitaba armonizar y equilibrar su existencia. De vez en cuando, me llevaba a hacer compras al gran almacén de la firma Yi Chang para adquirir productos chinos importados o íbamos a hacer compras en los kioskos del Barrio Chino, donde adquiríamos mandarinas, *lychee*, toronjas chinas, ciruelas secas, jengibre, anís, tamarindo, nueces, maníes bañados en azúcar, así como galletas de coco, sésamo y almendra, todos ellos productos de alta calidad. También mis parientes chinos me llevaban a funciones de ópera de Cantón, en las que actuaban solo hombres, como en el teatro inglés en la época de Shakespeare. Algunos de los actores asumían los roles femeninos, imitando sus movimientos y cantando con falsete. En China, como en la Inglaterra del siglo XVI, estaba prohibido que los hombres y las mujeres trabajaran juntos. Fue una época que he recordado claramente mientras escribía este libro. Por todo lo anterior, he aceptado dar a la imprenta este volumen con el deseo de aportar mi grano de arena a la difusión del auténtico pensamiento chino, convencido de que conociéndonos más aprendemos a amarnos mejor.

Durante decenios he meditado y realizado pesquisas para escribir este libro sobre las diásporas de los chinos a las Américas, estudiando y reflexionando sobre los aspectos esenciales del confucianismo fusionado con el taoísmo y el budismo. En ese empeño he verificado cómo esas corrientes migratorias han gravitado sobre las civilizaciones que se beneficiaron con los inventos chinos, como la pólvora, el papel, la imprenta, la brújula, el reloj mecánico, el control biológico de las pestes, los puentes con arcos segmentales, las represas para los canales, la cartografía cuantitativa, las espuelas de hierro fundido y los eficientes aparejos para los caballos, entre otros. El trasfondo histórico de estos desplazamientos humanos explica cómo los hijos del Celeste Imperio fundían el hierro quince siglos antes que los europeos; aclara por qué solo en 1895 el Occidente logró alcanzar a la China en medicina;

demuestra cómo los chinos inventaron el sistema decimal, el sismógrafo, el arado de hierro fundido, el paraguas y la carretilla. Además, descubrieron las manchas solares y la circulación de la sangre dos mil años antes que el resto del mundo.

El actual progreso material del mundo no está a tono con las doctrinas filosóficas de Occidente y Oriente. Aparentemente la mecanización y las técnicas contemporáneas dejan atrás a la filosofía y debilitan su significado humanista. Este libro intenta explicar cómo el confucianismo —en simbiosis con el taoísmo y el budismo— es la filosofía básica de la cultura china. Sus principios sustentados por la ética guían el mejor vivir y recomiendan la autosuficiencia intelectual y espiritual engarzada en los deberes éticos. Carente de jerga lingüística, la filosofía confuciana se expresa en un lenguaje popular (*sermo vulgaris*). La espontaneidad y naturalidad fascinan a quienes buscan la verdad sin artificios defensivos. La sencillez de esta concepción filosófica permite su aplicación inmediata. La filosofía china, anclada en las relaciones humanas, propugna la subordinación de la política a la moral y afianza los valores intelectuales y morales.

Aunque la ética aristotélica tiene en la historia del pensamiento occidental un papel semejante al que proyecta el justo medio del pensamiento chino en la cultura del Lejano Oriente, hay diferencias básicas entre ellos. Aristóteles considera que la Gran Moral está relacionada con la felicidad y las virtudes; en cambio, el justo medio convoca al bien supremo y ordena al jefe supremo del gobierno apoyarse en la humanidad; al ministro, en la piedad; al padre, en el amor; a los ciudadanos, en la buena fe. Así como la mayoría de los occidentales recomiendan amar a Dios, los chinos tradicionales insisten en estudiar la naturaleza para desarrollar la inteligencia. Conforme a los confucianistas, es indispensable la rectificación del espíritu, la sinceridad, la disciplina y el estrechamiento de los vínculos familiares. Según el clásico *I ching,* el ser humano está dotado de inteligencia, pero si no la desarrolla, la pierde. La mejor manera de acrecentar la inteligencia —explica el gran libro

clásico— es observar las cosas. La ciencia generada por la experiencia amplía el conocimiento y fortalece la moralidad. De esta observación se infiere la preferencia china por la estrecha relación entre la disciplina, la unificación de la familia y la contemplación de la naturaleza.

Tras mis reminiscencias de China, comienzo este libro con un capítulo sobre el confucianismo fusionado con las otras filosofías chinas que iluminaron a los migrantes chinos en su odisea al Nuevo Mundo. Consciente o inconscientemente, la filosofía china fue vital para los migrantes cuando se desplazaron a través del Océano Pacífico o viajaron por los mares asiáticos y africanos para cruzar el Atlántico y llegar a las Américas. En los siguientes dos capítulos me ocupo primero de las relaciones transpacíficas, particularmente entre China, México y el resto del continente americano. Los otros capítulos describen e interpretan las mayores diásporas chinas a los diversos países de las Américas. Todos los capítulos están bien documentados. Al final de este libro, se incluyen las conclusiones, la bibliografía que incluye a las obras citadas y el índice de nombres y lugares.

Reconocimientos

Deseo reiterar aquí mi agradecimiento a los profesores de la Universidad Mayor de San Marcos que me alentaron a investigar y escribir sobre China, especialmente al filósofo Francisco Miró Quesada Cantuarias (n. 1918); a los historiadores Luis E. Valcárcel (1891-1988), Jorge Basadre (1903-1980), José M. Valega (1887-1961) y Carlos Daniel Valcárcel (1911-2007); a los críticos literarios Aurelio Miró Quesada (1907-1998), Estuardo Núñez Hague (1908-2013) y Augusto Tamayo Vargas (1914-1992); al sociólogo Roberto Mac Lean Estenós (1904-1983); al geógrafo Javier Pulgar Vidal (1911-2003); al pedagogo Emilio Barrantes Revoredo (1903-2007); al geógrafo-economista Emilio Romero Padilla (1899-1993); al jurisconsulto José León Barandiarán (1899-1997). Gracias también a mis compañeros de promoción sanmarquina: Blanca Varela (1926-2009), Manuel Mejía

Valera (1927-1998), Manuel Scorza (1928-1983), Juan Gonzalo Rose (1928-1983), Francisco Carrillo Espejo (1925-1999), Carlos Thorne Boas (n. 1923) y Pedro Morales Blondet (1925-1997). Gracias especiales les doy a Luisa Campuzano Sentí, Marcel Velázquez Castro y Raquel ChangRodríguez, que leyeron el manuscrito y sugirieron cambios. En lugar especial debo expresar mi profundo agradecimiento a Gonzalo Gutiérrez Reinel, ministro de Relaciones Exteriores del Perú y ex embajador del Perú en China, por su generoso prólogo a esta obra. Gracias también al sinólogo Guillermo Dañino por su enjundiosa presentación. Gracias especiales doy a Patricia Arévalo, Directora General del Fondo Editorial PUCP, por acoger este libro, y a su eficiente equipo por ayudarme en múltiples tareas.